

otro, de él depende si no se halla dispuesto para el santo sacrificio, el hacer celebrar la misa por otro sacerdote, en lo cual no hay peligro ni pecado.

Olvidó Pascal en sus *Provinciales* este texto de la página 441, que explica todo el pensamiento de Bauny, y si aquel sintió «una complacencia en ver como este sabio casuista penetraba el pro y el contra de una misma cuestion, preciso es confesar que los hombres de bien, al advertir tamañas imposturas, deben ruborizarse en honor de las letras.»

Así podríamos ir siguiendo una por una todas las alteraciones y todas las falsificaciones de textos á que Pascal ha tenido la desgracia de prestar su nombre. Pero bastarían una última, mas grave aun que las demás, para demostrar que con semejante sistema seria fácil desnaturalizar hasta el mismo Evangelio. — En la quinta *Provincial*, queriendo probar su autor que los Jesuitas han abandonado la moral de los santos Padres para sustituirla con otra nueva y opuesta á la suya, hace hablar así á su Jesuita: «Escuchad á nuestro P. Cellot (*De Hier.*, lib. VIII, cap. XVI, pág. 914) que sigue en esta materia al P. Reinaldo: *Respecto á las cuestiones de moral, los casuistas modernos son preferibles á los antiguos Padres, aun cuando sean los mas próximos á los Apóstoles.*» Y con arreglo á esta máxima, habla el P. Diana de este modo (pág. 5, tratado VIII, reg. 31): «¿Están obligados los beneficiados á restituir la renta de que disponen mal? Los antiguos decian que sí; pero los modernos dicen que no. No abandonemos esta opinion que exime de la obligacion de restituir.»

El sabio Diana no es Jesuita; pertenece al Instituto de los Teatinos, y no saliera á relucir en esta causa á no ser por una astuta confusion de Pascal, que ha juzgado oportuno alterar los textos, como ha truncado los de la Compañía de Jesús. La quinta *Provincial* cita á Cellot y Reinaldo. Escuchemos lo que dicen ambos Padres: la acusacion es grave é importa á la moral. Hé aquí las palabras de Reinaldo, de que Pascal abusa de un modo tan extraño:

«En la eleccion de autores he tenido siempre presente la salvacion de las almas y la mayor gloria de Dios, persuadido de que, para definir las dificultades que se originan en materias de fe, cuanto mas antiguos son los autores, mas autoridad adquieren sus decisiones, por lo mismo que se han hallado mas próxi-

mos á las fuentes de la tradicion y de las doctrinas apostólicas; pero en cuanto á la solucion de los casos intrincados de la moral, es preferible la autoridad de los doctores modernos conocidos por la eminencia de su saber, por lo mismo que tienen un perfecto conocimiento de las costumbres y usos de su tiempo.»

El P. Cellot se conforma tambien con esta doctrina; leemos en la página indicada por Pascal: «Débese, dice Reinaldo, sacar de los antiguos la decision de las dificultades que pertenecen á la fe; pero en lo concerniente á las costumbres del cristiano, debemos buscar la solucion en los autores modernos, que conocen perfectamente las costumbres y usos de su tiempo.»

En ambos textos copiados del original se trata, es verdad, de los *autores antiguos*, pero jamás de los *santos Padres*: sin embargo, como esta no se amoldaba tanto á los Jansenistas, por eso quiso Pascal, por su propia autoridad, evocar de sus tumbas á los santos Padres, ignorando quizás que aun no existia en su tiempo la teología respecto á los beneficios eclesiásticos. Poniendo estos dos formales textos al lado de la cita de las *Provinciales*, nos vemos precisados á convenir en que hay error manifiesto, así en la interpretacion, como en la conclusion, en el derecho, y sobre todo en el hecho.

Creemos que en esta obra no debíamos extendernos mas en investigaciones semejantes. Basta lo dicho para tranquilizar nuestra conciencia, pues muy á menudo se han presentado á nuestra vista los mismos abusos de alteracion.

Los puntos dogmáticos tratados por Pascal han sido resueltos contra él por la Iglesia universal; pero los Jansenistas, como hábiles paladines, se ocupaban mucho menos en justificar su teología que en reconfundir á sus enemigos. Tenian en su mano una palanca que les facilitaba la comodidad de batir en brecha á la Compañía de Jesús; pero renunciando al proyecto de perseguirla en las alturas siempre arduas y frecuentemente inaccesibles de la Gracia, la atacaron en las obras vivas de la moral. Abultando los sueños escolásticos de unos, y desnaturalizando los sistemas creados por otros, impulsaron á Pascal á que sospechase de todos los hijos de Loyola. Verdad es que el genio es indulgente como la fuerza; pero despojáronle los Jansenistas de este carácter para hacerle el intérprete de su animosidad; y olvidandó Pascal el respeto debido á su gloria, ocultó las virulentas diatribas de Port-

Royal con un flexible y festivo gracejo, para prodigar en medio de las cuestiones mas difíciles las gracias de una viva sátira y la austeridad de los principios mas absolutos.

La corte, la ciudad y la Francia entera, fijaron su atencion, junto con la Europa, al grito de alarma que se lanzaba desde la Soledad; y Pascal por un prodigio de talento, tuvo el arte de hacer aceptar á los hombres del mundo una teoría que no se amoldaba á su gusto ni á sus costumbres. Oponia el rigor á la indulgencia, y desnaturalizaba la lógica del Evangelio para impeler á los Cristianos á la desesperacion. Hacia á Dios inaccesible, para hacer imposibles á los Jesuitas, que habian tratado de realizar una transaccion entre la perfeccion infinita y las miserias de la humanidad. Profundamente versados los hijos de Ignacio en el conocimiento del corazon humano, pensaban que la extremada severidad solo producía el relajamiento extremo, mientras que una prudente templanza vigorizaba á los débiles: respetaban la misteriosa majestad del dogma, y por lo mismo trataban de popularizar la Religion, combinando algunas prácticas de moral con los sentimientos del mundo.

Y entre ambas prescripciones el mundo no vaciló. Las frivolidades de tertulia, las elegancias de la corte, las pasiones que jamás se habian ocultado, ni aun bajo la transparencia de un velo, las tibiezas cristianas, el trato corruptor de los salones y los extravíos del genio, habian fulminado con Pascal el anatema contra las composiciones y acomodamientos propuestos por algunos casuistas de la Compañía. El mundo se quejaba desde el origen del cristianismo de la austeridad de ciertos preceptos: los Jesuitas venian al socorro de sus aflicciones, y este mismo mundo, por un inexplicable retroceso, cuyo honor es solamente debido á las *Provinciales* de Pascal, se dedicaba á inculpar á los Jesuitas. «Pretendíase, dice Voltaire¹, probar que tendian sus miras á «prostituir las costumbres humanas: designio que ninguna secta «ni sociedad han podido abrigar jamás; pero no se trataba de decir la verdad, sino de divertir al público.»

La explicacion de las *Provinciales* está contenida en estas últimas palabras, cuyo prestigio tan bien supo aprovechar el mismo Voltaire. El público, á quien habia divertido Pascal, se sublevaba á la sola idea de que los Jesuitas, condescendiendo á las ne-

¹ Siglo de Luis XIV, tomo III, cap. XXXVII.

cesidades mil veces proclamadas, intentaban hacerle menos espinoso el camino del cielo, y se colocó de parte de los casuistas que erizaban la moral de insuperables obstáculos. Secundando este concepto los solitarios de Port-Royal, quedó averiguado y probado por el coquetismo, el adulterio, la mala fe en los negocios, el egoismo y la indolencia que se introdujo en todas partes, que los rigores de un Dios creado á imágen de Jansenio, eran mucho mas condescendientes con nuestras debilidades que los tesoros de indulgencia, cuyo depósito colocaban los Jesuitas en sus manos celestiales. El mundo fue por aquella vez inconsecuente, y los discípulos de Jansenio, y entre ellos Pascal y Arnauld, columnas ambos del establecimiento de Port-Royal, no consintieron en dejarle disfrutar solo de esta prerogativa. Acometieron con toda clase de armas, apoyándose el insulto en la calumnia, y sirviendo la cólera de guía á la dialéctica. El P. Garasse habia ya quedado muy atrás, y proyectando Arnauld autorizar estos abusos de la inteligencia, publicó una disertacion «para justificar á los «que, en ciertas ocasiones, emplean en sus escritos algunos términos que el mundo reputa duros.» Llegando hasta querer probar en una obra salida de su pluma «que cualquiera tiene derecho á injuriar, y aun á burlarse cruelmente de sus adversarios.»

En vista de estas hostilidades que tendian al exterminio de la Sociedad de Jesús, hostilidades cuyas esperanzas no ocultaban los jefes de Port-Royal, los Jesuitas se pusieron en una quietud inexplicable (*). Decíales Pascal por su silencio: «Vuestra ruina será semejante á la de un elevado muro que se desploma «de improviso, y á la de un vaso de tierra que se rompe y pisotea, y que por un esfuerzo poderoso y universal se desmenuza de tal modo, que no quedará un solo fragmento con el que se pueda sacar un poco de agua, ó llevarse un poco de fuego, por «que habeis afligido el corazon del justo.» Empero, ni estas elocuentes amenazas, ni toda esta descarga de insultos, que minaban al fin la muralla tras la que se parapetaban los Jesuitas, ni el general entusiasmo que acogió semejante polémica, porque la inconstancia francesa se cansaba de la ventura de los Padres, nada fue capaz de sacarlos de su silencio. Habian lanzado el grito

(*) Se explica muy naturalmente este silencio por el de Jesús en casa y poder de Pilato. Los Jesuitas, como la Iglesia, en todo han de parecerse á Jesús.

(Nota del Traductor).



de guerra, y ahora que los combatientes se hallaban en el ardor de la pelea, parecían querer dejar pasar por encima de sus cabezas el dardo que iba asestado á su corazón. Y no fue el temor de enconar estos debates, ó una confianza demasiado grande en la bondad de su causa, el motivo que les impulsó á guardar una completa reserva: habíanse ostentado hasta entonces teólogos har- to hechos á los combates, para que su silencio pudiese ser atribuido á semejante causa. Sabían, es verdad, que no se ha de des- preciar jamás al enemigo por insignificante que sea; y cuando estos enemigos se lanzaban á la arena con el vigor de Pascal, Sacy y Arnauld, el desden hubiera sido un delito imperdonable: delito que no cometieron los Padres. En esta revista escolástica, á la cual convocaba el genio á la Europa entera, no ignoraban los Jesuitas que contaban en su apoyo con el jóven monarca Luis XIV y la Santa Sede; que la autoridad de ambas potestades se pondría de su parte, y que la Religión y su Sociedad se hallaban interesadas en su contestación: y callaron no obstante, y guardaron un absoluto silencio. Pero esto consistía en que hacia largo tiempo no habían tenido necesidad de formar talentos au- daces para la controversia, y especialmente en que, agobiados bajo la acrimonia de las *Provinciales*, ni fueron bastante atrevidos para buscarse un vengador, ni bastante diestros para devolver á los Jansenistas los sarcasmos que lanzaban en detrimento suyo. Esos mismos Jesuitas, á quienes tantas y tan repetidas veces se ha acusado, no han sabido jamás, ó tal vez no han querido de- fenderse con otras armas que las de la razón, por ser las que da- ban impulso á su brazo. Con muy cortas excepciones se han mos- trado siempre frios y discretos como la prudencia. Cuando su Orden ha sido puesta en tela de juicio, rara vez les ha faltado la elocuencia de la palabra, y particularmente la de los hechos. Si hacían la apología de su Instituto, procedían con aquella sobrie- dad, que no excluye el entusiasmo íntimo, pero que tampoco le comunica á todas horas. Diseminados por toda la extensión del globo, desarrollaron sus talentos, adaptándolos á las necesidades de la Iglesia mas bien que á los cálculos de la humana prevision; y cuando llegaba para ellos el día de la lucha, solo presentaban inteligencias convencidas y corazones rendidos á la obediencia, si bien pocos hombres dignos de medir sus fuerzas con un colo- so tan excepcional como Pascal. Verdad es que en 1654 habían

publicado la obra del P. Champs, intitulada *De haeresi Janseniana*, libro claro y sustancial, escrito en latin, y que por consiguiente solo los doctos podían ser llamados á consultarle: tambien lo es que el P. Pirot había emprendido la apología de sus casuistas, apología insulsa y que prestaba argumentos á Pascal, siendo por lo tanto desaprobada por la Compañía, al paso que condenada por un gran número de obispos; y lo es por último, que el P. Annat salió á luchar cuerpo á cuerpo con Pascal, empleando para con- vencerle el lenguaje de la lógica y la verdad; pero todo esto no era suficiente para triunfar de un hombre irresistible, porque no se dejaba asir, y porque con solo un epigrama eludía la cuestion pre- cisa que le sentaban.

Pero echándose los Jesuitas sus cuentas respecto á la posición en que los habían colocado, intentaron amortiguar el golpe, inti- midando á Luis Montalto, autor todavía anónimo de las *Provin- ciales*. Para conseguirlo, dió el P. Fretat algunos pasos cerca de Perrier, consejero en el tribunal de subsidios de Clermont, á quien iban dirigidas las primeras cartas; pero estas gestiones quedaron sin efecto. El P. Annat quiso interponer la autoridad de su nom- bre, de su ciencia y virtud, y Pascal entonces le dirigió la sépti- ma *Provincial*. «El crédito que podeis tener, Padre mio, decía al «confesor del Rey, es inútil respecto á mi persona, pues, á Dios «gracias, no necesito del bien ni de la autoridad de nadie; de «esta manera, eludo vuestras gestiones. Podeis muy bien descar- «gar vuestras iras contra Port-Royal, pero no contra mí. Ha si- «do fácil desalojar de la Sorbona á varios de sus individuos; pe- «ro nadie será capaz de sacarme de mi casa. Podréis muy bien «preparar violencias contra los sacerdotes y doctores; pero no «contra mí que ni soy uno ni otro. De aquí es, que tal vez no os las «hayais habido jamás con persona que estuviese tan fuera de vues- «tros tiros, ni tan idónea para combatir vuestros errores como yo «lo estoy; independiente, sin compromisos, sin relacion, sin ne- «gocios, bastante instruido en vuestras máximas, y resuelto á lle- «var mi polémica tan adelante como crea que Dios me incita á «ello.»

En la décimasexta *Provincial* avanza aun mas en su encono. No se contenta ya su autor con aquella bufonería delicada que le ase- guró su eterno resultado. Sentíase atacado por la razón, y este genio audaz, que por otra parte sabía muy bien que el público no

aceptaria las razones concluyentes que oponian los Jesuitas á sus sarcasmos, se confesaba sin embargo, si bien en su interior, que habia sido vencido, menos por el talento que por la verdad. Mientras que todo el mundo le proclamaba vencedor, su conciencia íntima le reprochaba su derrota. Esta idea desvanecía la gloria del triunfo, difundia tal amargura en su alma, que muchas veces le arrancaba expresiones que son al mismo tiempo una impostura y un oprobio, y solia exclamar: «¿Quién lo creyera? ¿Seríais «capaces de creerlo vosotros mismos, miserables?» Y dirigianse estas palabras contra el P. Annat, cuya moderacion han elogiado los mismos Jansenistas; contra el P. Dionisio Petavio, el hombre mas erudito de su tiempo, y cuyo único recreo se reducía á amaestrar en la virtud á los niños y á los indigentes mas groseros; contra Vicente de Paul, el modelo de la caridad, y contra todos los que á su ejemplo rechazaban las doctrinas de Jansenio. Estos miserables, denominados así por Pascal, y que se transformaban, segun él decia, en corruptores públicos de la moral, eran, hacia ya mas de cien años, las antorchas y columnas de la Iglesia universal. Los Papas, los reyes, los obispos y los Santos, como Carlos Borromeo, Francisco de Sales y Vicente de Paul, se dejaban dirigir por ellos por las sendas de la perfeccion, ó marchaban con ellos en las obras de caridad. Ellos debian sacrificar á su ambicion y política el Evangelio, la moral, el honor de la Santa Sede, la paz de la Europa y la de sus conciencias; y á pesar de eso se les mostraba el mismo aprecio. Pascal les arrancaba la venda de los ojos, y no obstante los Pontífices, los reyes, y los pueblos no querian abrir los ojos á la verdad. Sin conocer mas que por presciencia la táctica de los partidos, se colocó el Solitario como víctima, y asiendo con una mano la pluma con que asesinaba á los Jesuitas, señalaba con la otra la palma del martirio que no sufría sino en sueños. Y á pesar de eso le creyeron sobre su palabra: y como habia tomado por su cuenta denigrarlo todo y confundirlo todo; y como su arte de presentar las cosas era irresistible, la opinion pública se dejó dominar por este hombre que, con solo un chiste, con una agudeza á veces inoportuna, formaba una revolucion en las ideas. Acriminando el pasado y el porvenir de los Jesuitas; llamando á juicio sus doctores y principios; adulterando los textos de Vazquez, Sa, Toledo, Sanchez y Escobar, con el objeto de embellecer su obra; exhumando los libros

desconocidos destinados á la misma tortura, y aceptando y dando por sentadas todas las citas que sus amigos le extractaban, acometió á la Compañía de Jesús con una enorme maza, cuya pesantez no habia aun probado. Esta maza lanzó rudos golpes, é hizo odiosas ó ridículas algunas opiniones que yacian sepultadas en el olvido: sin embargo, todavia aparece una que no debe pasar por alto el historiador, puesto que de ella emanan, segun las *Provinciales*, todos los desórdenes y todo el relajamiento con que se ha visto afligida la moral y la Iglesia. Esta doctrina fue vituperada por Pascal, Arnauld, Nicole y demás adversarios del Instituto, bajo el nombre de probabilismo. Asi, tócanos estudiar un sistema que por sus consecuencias ha sido, segun afirman los Jansenistas, y pudiera aun ser tan funesto.

Cualquier hombre que tenga alguna experiencia sabe que, á pesar de la precision y claridad de las leyes así divinas como humanas, se ofrecen, sin embargo, una multitud de casos en que se hace difícil determinar su aplicacion. Ora se ofrece un conjunto enlazado de deberes sin poder fijar á cuál de ellos se debe la preferencia; ora existe un concurso de circunstancias imprevistas que impide conocer á fondo la voluntad del legislador. Y como los tratados de moral y jurisprudencia, antiguos y modernos, ofrecen á cada una de nuestras obligaciones una infinidad de casos en que se hallan fraccionadas las opiniones de los mas doctos, suele ocurrir que estas opiniones se rodean de motivos tan graves, que transcurren siglos y siglos, y ellas se mantienen no obstante en el mismo grado de verosimilitud. Ahora bien, si se juzga del porvenir por lo pasado, durará esta divergencia hasta el fin del mundo, á menos que interviniendo la Iglesia no termine por medio de una solucion decisiva estas controversias que se adormecen á veces bajo la lasitud, para despertarse de repente segun las pasiones ó necesidades del momento. Muchas veces sucede que no podemos abstenernos, y por otro lado nos está prohibido obrar con una duda práctica de la moralidad de un acto. ¿Qué deberémos hacer, pues, cuando no hay una ley cierta, y cuando los dictámenes son mas ó menos favorables, ya á la libertad, ó á una ley que se presume existente?

Sostienen unos que se puede con seguridad de conciencia adoptar una opinion que no tiene contra sí ningun deber cierto, y que por el contrario tiene grandes motivos en su favor. Denominanse

probabilistas estos teólogos, porque el carácter esencial de una opinion probable consiste en no tener contra sí nada cierto, al paso que poderosas razones en su favor.

Pretenden otros que no es permitido seguir una opinion probable; y no concediendo extension alguna á la libertad sino en el caso ó en el momento en que se apoya, parecen mucho mas fundados en razon que los del sistema favorable á la ley. Designanlos con el nombre de *probabilioristas*, porque no aprueban hasta después de haber comparado.

Siendo indispensable reprimir los abusos que podian deslizarse en estas distintas maneras de pensar, al paso que pertrecharse contra el exceso de ambos extremos, la sabiduría de la Iglesia trató de obviar á este doble peligro, prohibiendo apoyarse en opiniones probables á los que por su estado deben procurar un efecto por medios seguros: á los sacerdotes en la forma y materia de los Sacramentos; á los médicos en la eleccion de los medicamentos; á los magistrados en el fallo de las causas civiles; y á todos los hombres, cuando se trata de evitar algun daño al prójimo. Y al sentar esta decision, condena la Iglesia á los que afirman que nadie está jamás autorizado á seguir una opinion que favorezca á la libertad, aun cuando fuese la mas probable entre todas las probables; vituperando igualmente á los que enseñan que hasta una probabilidad cualquiera, aunque sea la mas leve.

Si nos hemos de atener á la letra del sistema, el probabiliorismo supone un estudio y un discernimiento imposible de exigir de la mayoría de los confesores ordinarios, puesto que deben examinar todos los sentimientos, profundizar todos los motivos en que se apoyan, constituirse en jueces, y adoptar el dictámen que les parece mas probable. Decidiendo por sí mismos, ó colocando su conciencia bajo la salvaguardia del maestro cuyas lecciones han seguido, de simples magistrados eclesiásticos que eran, se erigen en legisladores, haciendo ligero ó pesado el yugo según los caprichos de su imaginacion. El probabilismo por el contrario, se muestra inexorable respecto á las exigencias de la ley; al paso que se contiene en los límites del consejo respecto á lo que es mas útil, aun que de una obligacion no reconocida.

Cuando fue creada la Compañía de Jesús, la ordenó su fundador que se amoldase siempre y en todas partes á la doctrina mas comun, mas aprobada, mas sana, mas segura, mas sólida, me-

yor y mas conveniente. El probabilismo, que no habia nacido con los Jesuitas, está destinado á sobrevivirles, y solo se enlaza con su existencia por haberle adoptado el mayor número de los teólogos del Instituto, y porque sus rivales hicieron de él un arma que todo el mundo se propuso manejar contra los Padres. En el momento en que los Jesuitas veian la luz pública, ó lo que es lo mismo, en 1540, imperaba ya el probabilismo en las escuelas. El dominico Bartolomé Medina, en su obra intitulada *De las exposiciones doradas*, habia ya coordinado en sistema las eternas máximas de equidad que rigen á los códigos del mundo civilizado. Parecia efectivamente mas natural no manifestarse mas severos en la reparticion de las divinas misericordias que en la interpretacion de las leyes civiles, ó en la administracion de la justicia criminal. Aquel era el siglo de la teología, y sin embargo, los mas célebres casuistas enseñaban en él los principios del probabilismo, profesándole Nider, Prieras, Hacquet, Mercado, Lopez, Victória, Ildelfonso, Álvarez, Duval, Gamaches, Isambert, Bonacina, Maldera, Bail, y Du Metz, ya antes que los Padres de la Compañía, ya tambien al mismo tiempo que ellos.

No le faltaron tambien antagonistas, y entre ellos un Jesuita italiano, llamado Pablo Comitolo, de quien se asegura ser el primero que le combatió; pero la querrela suscitada no salia del recinto de las universidades católicas. Pascal y Nicole, después de él, bajo el pseudónimo de Wéndrok, se valieron de los argumentos de Comitolo, y los volvieron en contra de la sociedad religiosa, de la cual este habia sido miembro. Los hijos de san Ignacio habian abrazado la doctrina del probabilismo: Pascal le sacudia tan vivos golpes de malicia sarcástica y de originalidad, Nicole la atacaba con tan docta confusion de textos alterados y de mentirosos dilemas, que cualquiera refutacion, reducida precisamente á la verdad mas descarnada, no podia jamás contrabalancear los efectos de una agresion tan terrible. La disputa era transportada desde la escuela á los salones y á los bufetes, y según la expresion de Voltaire, Pascal divertia al público.

Una parte del clero no tardó en mirar como perdida la causa del probabilismo. Un rigoroso probabiliorismo, opuesto por los sectarios de Jansenio, se empezó á infiltrar por todas partes, pasando á ser el sistema casi exclusivo de las escuelas francesas. Esta enseñanza, que tomó el nombre de moral exacta, no obtu-